



La Última Moda

Madrid 11 de Junio de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I.—Núm. 23

Oficinas: Claudio Coello, 13, pral.

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Explicación de los grabados.—Labores.—*Lavinia*, novela por Emilia Carlén, (continuación).—Conocimientos útiles: Las flores en la casa, por Isabel de Toledo.—Carita de Pascua, por Pedro Jiménez.—Ecos de la novela de la vida, por Juan de Madrid.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—Pasatiempo.—Anuncios.

Crónica de la Moda.

Las *garden-party* están á la orden de la tarde en todos los hoteles y palacios que poseen un jardín de regulares dimensiones. Las familias que carecen de este desahogo florido, pero que son propietarias de quintas ó villas en los alrededores de París, reúnen á sus amigos en estas posesiones. El invierno ha sido tan crudo y la Primavera tan triste, que no es extraña la pasión que por las diversiones al aire libre, bajo los árboles y entre preciosas flores, experimentan cuantas personas pueden disponer del tiempo para emplearlo en su recreo.

En el Eliseo, donde reside el jefe del Estado, se celebran también las *garden-party* con la magnificencia propia del palacio y de sus habitantes.

De modo que una parisiense elegante puede pasar el día y la noche agradablemente ocupada. Por la mañana, paseo en coche ó á caballo por el delicioso Bois de Boulogne, lo que da ocasión á lucir, ó un completo corte de sastrer, de los que tan bien visten, ó un traje de amazona. De once á una, visita á la Exposición de Bellas Artes, en donde los trajes elegantes y vistosos hacen la competencia á las pinturas que decoran los vastos salones del Palacio de la Industria. De tres á siete *garden-party*, nuevo motivo de lucir esos preciosos trajes de seda tornasolada, con ricos encajes y bordados de oro y plata. Por la noche hay recepciones que per-



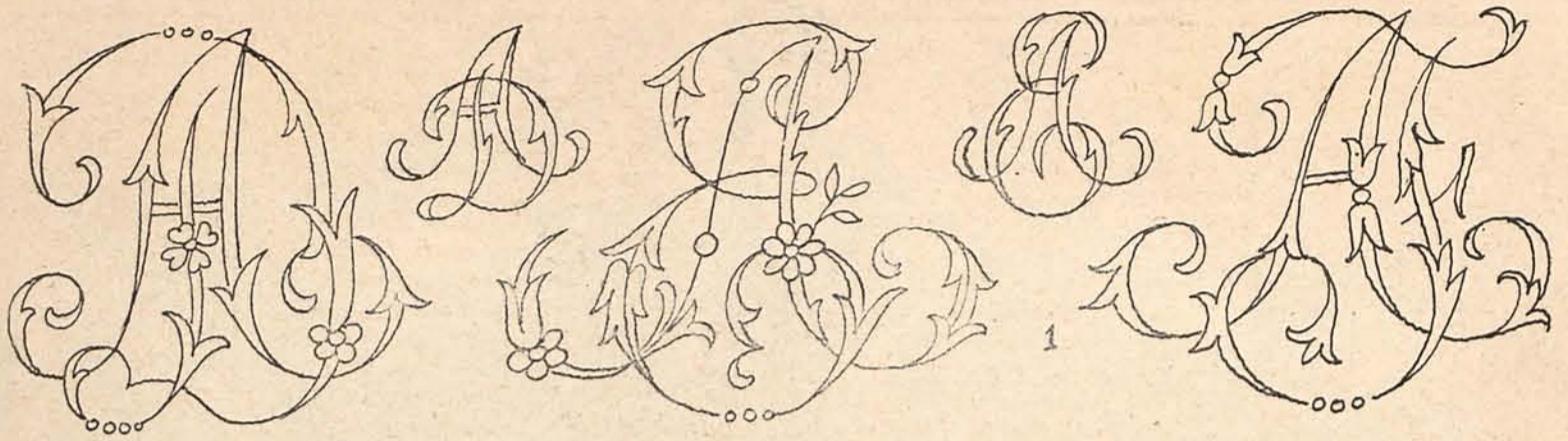
NÚM. 1.—CUERPO FANTASÍA



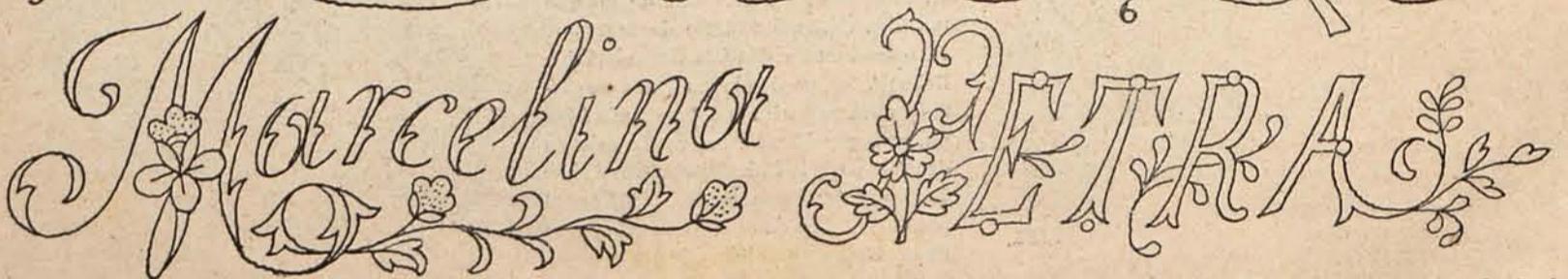
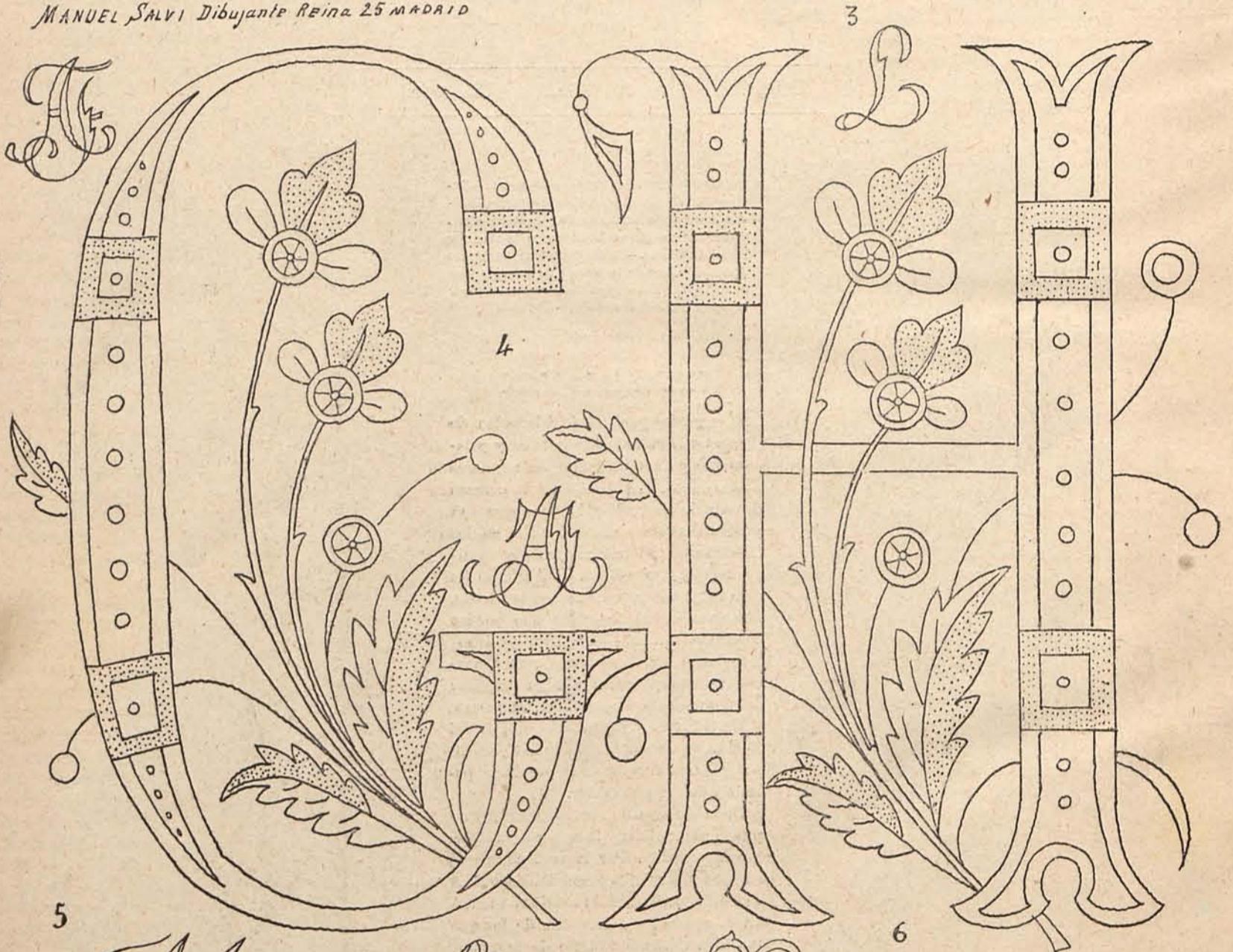
NÚM. 2.—CUERPO FANTASÍA

Núm. 11 del trimestre 2.º de 1888.

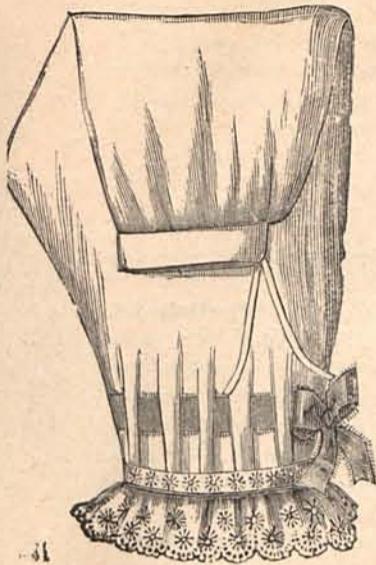
DIBUJOS ARTISTICOS PARA BORDADOS



MANUEL SALVI Dibujante REINA 25 MADRID



NÚM. 3.—1. Continuación del abecedario de enlaces para marcar pañuelos A D, A E, A F, A G, A H, A I.—2. Continuación del abecedario de enlaces para marcar camisas.—3. Cifra L para pañuelo de niña.—4. Continuación del abecedario para marcar sábanas.—5 y 6. Nombres para marcar pañuelos.



NÚM. 4.—PANTALÓN DE NANSÚ

Esta diversión infantil ha servido de base para el nuevo espectáculo, cuyo principal atractivo consiste en que las siluetas negras aparecen convertidas en figuras de sorprendente verdad, con colores vistosos en los trajes y accesorios, con negros ó rubios cabellos, ojos garzos ó azules rostro moreno ó blanco; en fin, cuadros de admirable colorido, en los que hay movimiento, animación, vida.

La baronesa de la Tombelle, una de las más distinguidas damas parisienses, ha ofrecido á sus amigos las primicias de este entretenido espectáculo, el cual se ha generalizado mucho en París.

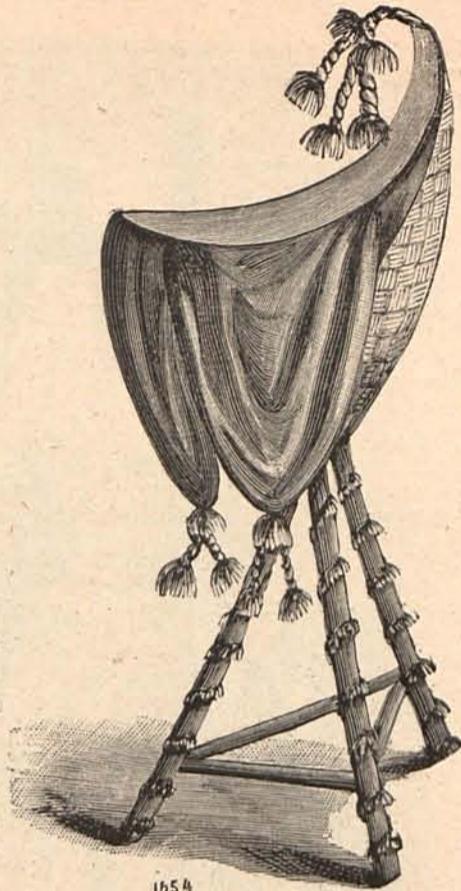
En las *sombras francesas* los personajes no se limitan á la mímica; hablan y cantan, y constituyen, por lo tanto, una representación escénica.

Volvemos á los tiempos primitivos. La primera obra que las *sombras francesas* han ofrecido al escogido auditorio pertenece al género de las de magia. El protagonista es un príncipe que se ha unido, por la pícara razón de Estado sin duda, con una princesa tan horriblemente fea, que no tiene más remedio que huir de ella, recorriendo con este motivo los países más lejanos y extraños del mundo. En sus viajes encuentra á una mujer de sorprendente belleza, que, como es natural, le cautiva, y cuando se juzga próximo á ser dueño de tan admirable tesoro, una bruja—tal vez su verdadera consorte—se la arrebata obligando al enamorado príncipe á buscarla en la tierra, en el fondo del mar, en el cielo, lo que permite ofrecer á los espectadores magníficos efectos de agua, de paisajes, de sol, de estrellas, etc., etc. Como es de presumir, al fin llega á un país que desconoce, porque todo en él acusa tristeza y duelo. Pregunta, y le responden que una princesa abandonada por su esposo ha muerto de pesar. Esto le llena de alegría; contrastes de la vida y no de gran moralidad. Es su cara mitad la que ha desaparecido, dejándole libre. Desesperado, no por esto, sino por no encontrar á la mujer amada, va á atentar contra su vida cuando se le aparece en una nube la bella, libre á su vez de la influencia de la bruja, con cuyo motivo se casan los amantes y el luto de la corte se transforma en galas, fiestas, etc. ¿Puede darse una diversión más inocente... hasta cierto punto?

Pues esto constituye en la actualidad un motivo de poderosa

miten otro cambio de traje y que ofrecen un espectáculo curioso, entretenido, y que es la novedad del momento.

Aludo á las *sombras francesas*. Mis lectoras conocen ya las *sombras chinescas*, y saben que consisten en la aparición, detrás de un lienzo muy transparente, de figuras en negro, que representan escenas cómicas ó dramáticas. El espacio que ocupan los espectadores está oscuro, la luz tiene su foco en el lienzo donde aparecen las figuras.



NÚM. 5.—JARDINERA

invernadero, ó bajo una vistosa tienda de campaña, hay manjares y licores dispuestos á satisfacer á cada instante las debilidades y los apetitos. Los comestibles y los líquidos son los que han variado, puesto que se sirve á los convidados, te, vinos generosos, café helado, frutas, pasteles sandwiches, etc.

En estas reuniones tan rústicas como urbanas, conservan el sombrero las señoras, y hasta la dueña de la casa aparece á sus invitados con el adorno capital, que suele ser, ó una preciosa capelina de encaje, ó un Directorio de muselina. Los trajes son sumamente sencillos, de cretona, fulard ó velo. Los abrigos se dejan en el guardarropapero se conservan el abanico y la sombrilla. El calzado propio de estas reuniones es el lindo zapato bajo, con lacitos, de cabritilla negra ó de taflete mordorado.

En algunos jardines se despliega más lujo, y el *lunch* se convierte en comida bajo los árboles ó en los parterres. En vez de la gran mesa que reúne á todos los convidados, se colocan varias mesas para cuatro personas lo menos y se forman animados grupos. Las mesas aparecen adornadas con profusión de flores, los criados, correctamente vestidos de etiqueta, sirven lo que les piden, pues en algunas casas hay listas artísticamente presentadas como en los restaurants. La comida suele prolongarse, y entonces, cuando la luz del día se va, se encienden farolillos de colores que bordean los parterres y forman arcos, guirnaldas, ramilletes. Durante la comida y hasta que se retiran los convidados, una orquesta escondida entre el follaje ejecuta la música más en boga.

Para que los caballeros no crean que los olvido, diré que á estas fiestas no van de etiqueta. Un traje completo de fantasía en todos los tonos grises y un sombrero



NÚM. 7.—1. TRAJE DE LUTO

2. TRAJE DE MEDIO LUTO



NÚM. 8.—TRAJE PARA NIÑA

hongo del mismo color del traje, es lo más corriente y elegante.

En este número pueden ver las lectoras algunos de los modelos, que tanto para estas reuniones como para las nocturnas, paseo y visita, ganan terreno en el gusto de las señoras.

Hay que reconocer que las formas Imperio, Directorio y Luis XVI hacen todo lo posible por triunfar.

Y como á las mujeres bonitas cuanto se ponen las sienta bien, resulta que se ostenentan y hasta nos inspirarán protestas; con esa flexibilidad y esa poderosa influencia que



NÚM. 13.—TRAJE PARA CALLE



NÚM. 9.—TRAJE IMPERIO

la Moda ejerce, van dominando, y acabarán seguramente por triunfar en toda la línea.

Terminaré dando cuenta de otra novedad que promete generalizarse, al menos durante algún tiempo. Es un brazalete



NÚM. 14.—TRAJE PARA NIÑA

de cuero que en la parte superior, á guisa de broche, tiene un reloj microscópico.

De modo que las que lo llevan no necesitan, para saber qué hora es, más que fijar los ojos en su muñeca.

Los brazos torneados están de enhorabuena. No será indiscreción mirarlos, puesto que la intención de cuantos los miran no tendrá más objeto que saber la hora que es.

BLANCA VALMONT

Explicación de los grabados.

Núm. 1. **Cuerpo fantasía.** De piel de seda, abierto en la parte baja sobre una banda de tul punto de espíritu, anudada en el lado. Un fichú, también de tul, adorna la parte alta del cuerpo. Mangas cortas con un abullonado de tul.

Núm. 2. **Cuerpo fantasía.**—De terciopelo y seda con adornos de galón perlado. Los delanteros de terciopelo, se cortan sobre un *plastrón* de seda adornado con galones per-



NÚM. 10.—JARRÓN PARA FLORES



NÚM. 15.—TRAJES PARA RECEPCIÓN

lados. Cuello de encaje muy plegado, con pequeño canesú perlado. Mangas cortas de seda con galones perlados y un abullonado de encaje en la parte alta.

Núm. 4. **Pantalón de nansú.**—Plegado en la parte baja y adornado con un puño y un volante fruncido de bordado inglés. Cinta de seda sujetando los pliegues, anudada delante.

Núm. 6. **Capota para niña pequeña.**—Copa plegada rodeada de un ala formada por un volante plegado. Lazos de cinta completan este bonito sombrero.

Núm. 7. **Traje de luto.** 1.º Es de cachemir negro y crepón inglés. El cuerpo, cortado en almenas, es de cachemir negro, abierto sobre un chaleco de crepón. Mangas



NÚM. 11.—TRAJE IMPERIO

plegadas, con un abullonado en la parte baja, sujeto con bisel de crepón. La falda, muy drapeada, se sujeta en los costados por una cinta de terciopelo con hebilla y lazo. Una ancha tira de crepón adorna el borde de la falda y el delante.



NÚM. 16.—TRAJE PARA NIÑA

ro. Sombrero redondo, de paja negra, adornado con crepón y florecitas negras. Tela necesaria: 10 metros de cachemir y 4 de crepón inglés.—2.º *Traje de medio luto.*—De velo negro y tisiú bordado. Cuerpo largo abotonado, dejando ver un



NÚM. 12.—TRAJE PARA NIÑA



NÚM. 17.—TRAJE PARA PASEO

plegado de tisiú. Mangas lisas con adornos de tisiú plegado. Túnica de tisiú con grandes vueltas, abierta sobre una falda plegada. Capota de crepón. Tela necesaria: 7 metros de velo negro y 5 de tisiú bordado, doble ancho.

Núm. 8. **Traje para niña.**—Cuerpo largo unido á la falda, con grandes solapas rodeando un *plastrón* bordado. Primera falda bordada, semicubierta por un plegado de la tela. Cinturón cruzado, ocultando la pegadura del cuerpo.

Núm. 9. **Traje Imperio.**—Túnica de velo, verde muy claro, abierta al través sobre un plegado de tul blanco. La túnica termina en

forma de *panier* y está rodeada de un fleco formado con perlas. Cinturón plegado rodeando la cintura, anudado en el costado. Falda plegada, adornada con un largo fleco de perlas. Mangas huecas. Tela necesaria: 19 metros de velo doble ancho.

Núm. 10. **Caprichoso modelo de jarrón para miosotis.**

Núm. 11. **Traje Imperio.**—Cuerpo Arabella, de velo gris perla con florecitas color rosa, sujeto en el pecho con un broche fantasía. Cinturón plegado rodeando la cintura. Falda de tul bordado sobre la que cae la túnica formando agudos picos terminados con golpes de pasamanería perlada. Sombrero Arabella, de paja gris adornado con flores color rosa. Tela necesaria: 5 metros de velo doble ancho y 5 de tul bordado.

Núm. 12. **Traje para niña.**—Cuerpo-blusa con canesú plegado. Mangas fruncidas con hombreras lisas. Falda plegada, cubierta por un recogido sujeto en el costado con un lazo de cinta.

Núm. 13. **Traje para calle.**—Deterciopelo ligero color cobre. El cuerpo está adornado con tiras plegadas de *surah* y una banda plegada que rodea la cintura. Mangas lisas. Falda redonda de terciopelo, adornada con plegados de *surah* brochado. Sombrero de *surah* gris, adornado con tul del mismo color. Tela necesaria: 15 metros de terciopelo y 10 de *surah*.

Núm. 14. **Traje para niña.**—De tela lisa y tela moteada. Cuerpo de tela moteada, con canesú y camiseta plegada á pliegues menudos de tela lisa. Túnica moteada, sujeta con un cinturón anudado en la parte de delante sobre la falda, que es de tela moteada, plegada todo alrededor, menos por delante, donde tiene una ancha pala de tela lisa. Mangas lisas.

Núm. 15. **Trajes para recepción.**—1.º Es de tafetán tornasolado verde y rosa. Cuerpo liso, adornado con solapas de terciopelo rodeando una cascada de encaje. Mangas de encaje. Falda de cola con delantero formado por volantes de encaje colocados unos encima de otros y rodeados de anchas tiras de terciopelo. Tela necesaria: 20 metros de tafetán y 2 de terciopelo.—2.º **Traje para niña.**—De velo liso y lanilla fantasía. Cuerpo muy largo, abierto sobre una camiseta de tela fantasía plegada. Faldita plegada, con delantero igual á la camiseta. Mangas cortas adornadas con encajes.

Núm. 16. **Traje para niña.**—Cuerpo chaqueta abierto sobre un *plastrón* Edad Media, sujeto en la cintura con un cinturón de galón bordado. Cuello vuelto y carteras de terciopelo. Falda plegada, cubierta por un ligero recogido.

Núm. 17. **Traje para paseo.**—Cuerpo de fulard y lana fantasía, abierto sobre un *plastrón* plegado y rodeado de encajes. Cinturón Imperio rodeando la cintura. Falda redonda, formada con dos palas muy anchas de lana fantasía y un delantero de fulard fruncido. Mangas de lana con acuchillados de fulard. Sombrero de paja, forma Imperio, adornado con innumerables cocas de cinta. Tela necesaria: 10 metros de lana fantasía y 5 de fulard doble ancho.

LABORES

Núm. 3. Hoja de dibujos para bordados artísticos.

Núm. 5. **Jardinera.**—Es de junco dorado, adornada con draperías de terciopelo azul. Esta drapería se debe de cortar al bies. Las puntas se guarnecen con cordones y borlas doradas. En esta jardinera se puede colocar un tiesto grande, cubriendo con musgo los huecos que puedan quedar.

LAVINIA

POR EMILIA CARLEN

(Continuación) (1).

VIII

—Pase usted, señor mayordomo, si se ha limpiado usted los pies como es debido. Acérquese usted al fuego, y aprovechemos la ocasión de que nuestros amos no estén en casa para hablar un ratito.

En estos términos se expresaba la señora Brunsberg, al mismo tiempo que ponía el mantel sobre la mesa y preparaba todo lo necesario para dos cubiertos.

(1) Véanse los números anteriores.

Era domingo, y el ama de llaves estaba sola cuando el mayordomo á quien dirigió las anteriores palabras llegó al castillo después de haber estado fuera más de quince días, desempeñando los encargos que su amo le había hecho.

Entre el mayordomo y el ama de llaves existía desde hacía algunos años una íntima amistad, y si aún no habían llegado á tener una explicación que hubiese convertido sus relaciones de compañerismo en lazo conyugal, no era ciertamente por culpa de la señora Brunsberg, porque hasta donde se lo habían permitido su dignidad y su modestia, le había dado á comprender que no era á sus ojos saco de paja. Pero Stacke, siempre reservado y pacífico, redoblaba estas cualidades respecto del capitulo del amor, y ni comprendía las indirectas, ni podía presumir que los cuidados que le prodigaba el ama de llaves, los cubiertos de plata que le enseñaba, las alhajas que le exhibía y el cálculo de sus ahorros que hacía con él frecuentemente, eran baterías dirigidas contra la plaza fuerte en donde se encerraba el inconsciente celibatarío.

—¿Por lo que veo los amos han salido? preguntó el mayordomo después de saludar graciosamente á la señora Brunsberg, al mismo tiempo que seguía sus indicaciones, sentándose al amor de la lumbre.

—Sí, señor; el señor vicario ha venido á convidarlos á comer, y con este motivo nos han dejado libre el campo.

—¿Y qué tal durante mi ausencia?... ¿Han seguido lo mismo que antes?

—¡Ah, Sr. Stacke! Ya sabe usted quién soy yo, y cuál es mi modo de pensar. A reservada y á no meterme en donde no me llaman, nadie me gana; pero ¡ya se ve! tiene una ojos, tiene una oídos, y quieras ó no quieras... Por supuesto que como entre usted y yo no hay secretos, me atrevo á hablar del modo que hablo.

—Lo que es hasta ahora...

—¡No sea usted impaciente! Es usted impetuoso como una bomba para todo... menos para comprender las medias palabras. Pero, en fin, lo que yo quería decir á usted, es que cada día me convenzo más y más de que aún no ha nacido la mujer capaz de hacer entrar por vereda á nuestro buen amo el Coronel.

—Tiene usted razón, afirmó con solemnidad el mayordomo.

—Así es que ni el otro matrimonio, ni éste, ni el que venga después, si está de Dios que haya de venir, le sacarán de sus casillas. Tanto él como su esposa, parecen dos estatuas de mármol, en lo que se refiere al capítulo del amor.

—Pero entonces, preguntó con ingenua lógica el buen Stacke, ¿por qué se ha casado con ella?

—¡Ah! verá usted! pero aquí para entre los dos, mi querido mayordomo, lo que yo creo es que él no la detesta, ni mucho menos, aunque le pone cara de pocos amigos. Anteayer, sin ir más lejos, tuve que entrar en el salón, y allí estaba el Coronel muy distraído enfrente del espejo. Ya sabe usted que está precisamente enfrente de la puerta del gabinete de la señora, y como estaba abierta, ¡claro! aunque vuelto de espaldas, en el espejo podía ver perfectamente lo que pasaba en el gabinetito.

—¡Hola! ¡hola! exclamó con acento misterioso el mayordomo.

—Lo más chusco del caso es que precisamente la señora estaba en aquel momento peinando sus hermosos cabellos, ¡Dios se los conserve! y que cuando el Coronel se enteró de mi presencia se puso colorado y comenzó á mirar como si hubiera perdido algo y lo buscara.

—Según eso, ¿es ella quien no puede aguantarle?

—¡Vaya usted á saber la verdad! Cuando están juntos apenas hablan, á no ser que se trate de las niñas. Lo que es entonces... ¡anda! ¡anda! parece que les dan cuerda, y hablan por los codos. Pero yo... por supuesto, sin querer... yo he notado...

—¿Qué es lo que ha notado usted, señora Brunsberg?

—Pues he notado que cuando el Coronel se va de caza ó á alguna de esas excursiones que hace con frecuencia, ella se asoma al balcón cuando se acerca la hora de su regreso, como para verle llegar, y en cuanto le descubre á lo lejos cierra el balcón, ó por lo menos corre las cortinas.

—¡Cosa más extraña!

—No, pero no hay que fiarse; después de meditar bien el asunto me he convencido de que lo que es la señora no le quiere ni pizca.

—Está claro como la luz del día que no se convienen el uno al otro, afirmó el mayordomo.

—En cambio no faltan en el mundo otras personas que podrían convenirse, insinuó el ama de llaves.

—Ya se ve que sí... dijo Stacke, sin haber comprendido la indirecta.

Mientras los servidores conversaban como acabamos de oír, Lavinia y el Coronel subían lentamente por la escalera del atrio de la iglesia, y al verlos los vecinos se decían:

—¡Qué hermosa pareja! Y, sin embargo, cuentan que no se llevan bien. Él es buen mozo; pero lo que es ella, cualquiera que tuviera la suerte de llamarla su esposa se miraría en sus ojos.

Algo de estas palabras llegó á sus oídos, y aunque

afectando mayor frialdad que de ordinario, sus ojos se encontraron, tal vez movidos por involuntaria curiosidad.

Pero asombrados de aquel encuentro, no sin que asomara el carmín en sus mejillas, volvieron la cabeza y penetraron en el templo, lleno ya á la sazón de fieles.

Uno de los bancos de la iglesia pertenecía á la familia de Rosenborg. Estaba en el coro en un sitio apartado, desde el que se veía perfectamente toda la parte interior de la iglesia. Hermán condujo hasta el banco á Lavinia, y ésta, que estuvo un rato arrodillada rezando, al levantarse se fijó en una bella joven que, dirigiéndose al otro extremo del coro, donde había otro banco semejante al del Coronel, se arrodilló. ¡Cosa extraña! Todos los circunstantes fijaron también su mirada en la recién llegada. Estaba muy pálida; pero cuando el Coronel la dirigió un expresivo saludo, sus mejillas se encendieron por un momento. Lavinia se volvió hacia su marido y notó que miraba con interés á la joven. Poco después, al sentarse en el banco, al lado suyo, notó que el Coronel suspiró dos ó tres veces. El coro se llenó, y la joven continuaba siendo objeto de una atención casi insolente. Su palidez aumentaba por instantes; parecía estar inquieta, y para huir de aquella curiosidad burlona ó caritativa (que lo uno y lo otro parecía), procuraba no separar sus ojos del libro de oraciones que tenía en la mano.

—Lavinia, dijo el Coronel al oído de su esposa; cuando esa joven á quien todos miran pase á nuestro lado, saludela usted... se lo suplico.

—¿Quién es?

—Una infeliz... pero ¿acaso necesita más recomendación que su desdicha?

—La de usted me basta, contestó Lavinia, herida por la respuesta del Coronel.

—Bien; de todas maneras, lo que deseo es que le dé usted muestras de estimación.

Este breve é inesperado diálogo agitó en la mente de Lavinia ideas que no se explicaba. ¿Por qué un hombre indiferente á todo se interesaba por aquella joven? ¿Por qué quería guardarle consideraciones y exigía á su esposa que las guardase á una mujer á quien todos miraban con un asombro ofensivo? Aquel deseo del Coronel era á sus ojos insignificante, y sin embargo, no podía menos de pensar que habría un motivo para aquella exigencia. ¿Qué motivo podía ser? Sin duda era un motivo generoso. Pero en cuanto saludase á aquella joven, las miradas se fijarían á su vez en ella, y parecería que obedecía una orden. ¿Quién podría ser? ¡Tal vez!... Y la idea que cruzó rápidamente por su imaginación la hizo ruborizarse. ¡Pero obedecer ciegamente á su marido!...

La joven pálida se levantó, fijó sus ojos en el banco que ocupaba el Coronel, y antes de que Lavinia tuviera tiempo de tomar una resolución, desapareció de su vista. Movida por instinto irresistible, miró á su esposo, y vió que éste á su vez la miraba, no ya con frialdad, sino con desprecio.

El rostro de Lavinia se encendió, y su corazón latió con violencia. Sentía mucho no haber saludado á la joven; pero después de leer en la mirada de su esposo la expresión de sus sentimientos en aquel instante, aunque hubiera tenido ocasión de complacerle saludando á la joven, no la habría saludado.

Terminados los oficios, la gente fué saliendo poco á poco del templo. Hermán ni siquiera ofreció el brazo á su esposa, y al conducirla al carruaje y al sentarse á su lado, su actitud no era muy tranquilizadora.

La casa del vicario estaba á bastante distancia, el carruaje se puso en marcha, y ninguno de los dos habrían desplegado los labios durante el trayecto, si sus miradas no se hubieran fijado á la vez en un mismo objeto.

La sombra de la joven pálida pasó cerca del coche. Un sentimiento de indecible piedad se apoderó de Lavinia al contemplarla; sentimiento demasiado puro y generoso para que lo debilitase la menor sombra de duda.

Las palabras que al rogarla que la saludase había pronunciado su esposo, resonaban en su oído. Una idea rápida cruzó por su mente, y obedeciendo á su influencia:

—¿Por qué no la ofrecemos un asiento en el carruaje y la llevamos á su casa? dijo al Coronel.

—¿Siente usted ese deseo? le preguntó Hermán con vivacidad y asombro. Usted, que no ha querido saludarla hace poco, ¿ha podido cambiar tan pronto de parecer?

—Hace poco no tuve tiempo de reflexionar.

—Pues bien: ante todo quiero decir á usted que esa joven es hija de un antiguo maestro de escuela, y que pertenece á la clase de mujeres despreciadas. Hé ahí por qué la han tratado en la iglesia con tanta altanería, como si la casa de Dios no fuera igual para todos. No se conciben ni tanto orgullo, ni tanto egoísmo, en seres que no están libres de las más afrentosas debilidades.

—Ruéguela usted que nos permita que la acompañemos, dijo Lavinia.

El Coronel le dió las gracias con una mirada por aquella resolución, mandó parar al cochero, y asomán-

dose á la ventanilla, dijo con voz que pudieron oír las personas que pasaban de vuelta de la iglesia:

—Señorita Rehmann, mi esposa ruega á usted que acepte un asiento á su lado.

La joven se volvió, y la mirada que dirigió á Lavinia causó á ésta una profunda impresión. ¡Había en aquellos ojos una gratitud tan grande y tan sincera!

—¡Oh, señora! balbuceó; muchas gracias por su bondad, pero no estoy cansada; puedo seguir á pie el camino.

Sin aguardar á una nueva invitación, saludó y se alejó.

—¡En marcha! dijo el Coronel al cochero, no insistiendo más.

El carruaje desapareció como una flecha.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

LAS FLORES EN LA CASA

II

El comedor es una de las habitaciones que con más esmero cuida y adorna la mujer de su casa de los tiempos actuales. No ya en los suntuosos hoteles, sino hasta en las modestas viviendas de la clase media, se procura dar al comedor un aspecto agradable. Es el punto de reunión de la familia; allí encuentran el fruto de todas las actividades de los diversos elementos que componen; allí es el sitio predilecto de las expansiones; allí penetran los amigos de confianza, los verdaderos amigos, los que amenizan la existencia; allí se conmemoran los faustos sucesos. Las flores desempeñan por derecho propio, y desde las épocas más remotas, un papel importante en el adorno del comedor.

Además de las guirnaldas y los ramos que contribuyen á la ornamentación de la mesa, hay jardineras portátiles, que se colocan de un modo artístico, y muy particularmente cerca del balcón ó balcones del comedor.

Las plantas más á propósito para lucir en estas jardineras son las varias y múltiples especies de cactus y de ficus, la reina de las flores, la flor de lis, la flor de la maravilla.

En el gabinete, junto al balcón, que ostenta más ó menos lujoso cortinaje drapado, se colocan dos jarrones, uno en una trípode baja, otro en una trípode alta y esbelta, y en estos jarrones, rodeados de verdura, aparecen las magníficas begonias, las moradas verónicas, los iris de Siberia, la reina de los prados y la infinita variedad de minutas.

Para los salones hay multitud de formas de jardineras, todas preciosas, de junco, de metal, de madera tallada, que pueden situarse al pie de los espejos de cuerpo entero, delante de los balcones, en los ángulos y en el centro.

En las cajas de cinc interiores se colocan tiestos con plantas ó jarrones con flores; pero en éstos las flores no deben formar compactos ramos, sino estar sueltas y ordenadas de modo que todas puedan ser vistas y admiradas. Que descuellan en sus esbeltas varas el nardo, la azucena, el lirio, la malva real, la hortensia y la magnolia: que á su lado aparezcan, en un grado inferior de elevación, los claveles, las espuelas de caballero, los geranios de mil distintos colores, los alelías, los botones de oro, etc., y más abajo las infinitas flores de corto tallo y de preciosos pétalos.

Para la confección de estos ramos, en la distribución artística de formas, de colores, de tonos y matices, puede lucir la mujer su delicado gusto y la poesía que se anida en su alma.

El medio de que se conserven lozanas estas flores, es sencillo: basta con depositar en el agua en que están sumergidos sus tallos un poco de carbón de pino machacado y lavado, ó una pequeña dosis de ácido salicílico. Pueden durar muchos días cambiándolas el agua, saturada con los específicos indicados, y cortando á menudo la punta de sus tallos.

En los salones puede la fantasía desplegar sus alas por completo, y la Moda, reina de la belleza, se complace hoy en compartir su poderío con la que ha sido es y será la verdadera reina de las flores: la rosa.

La rosa es la flor predilecta de la mujer; es su emblema, su símbolo.

Desde los tiempos más antiguos, la rosa es objeto de admiración, de cariño y hasta de culto. Los griegos la contaban en el número de sus mitos; los romanos arrojaban sus hojas en las copas y bebían su jugo. Los cristianos han consagrado la rosa á lo que más aman: á la Virgen.

Agradecida sin duda á este favor, la rosa se ha multiplicado para agradar á sus admiradores, y es imposible citar las infinitas variedades que ofrece.

Una de las más ricas y elegantes damas parisienses ha tenido este año el plausible capricho de adornar todas las habitaciones de su elegante hotel exclusivamente con rosas.

Las lectoras pueden imaginar el efecto que producirán las múltiples variedades que ha reunido la enamorada de las rosas. ¡Es un encanto!

¡Por algo se dice que las esperanzas de felicidad son sueños de color de rosa!

ISABEL DE TOLEDO

CARITA DE PASCUA

Así la llamaban los amigos de la casa, y no sin fundamento, porque sus ojos vivos, sus mejillas coloradas, su frente apacible, su nariz graciosamente respingada, y su boca fresca y risueña siempre, daban á su fisonomía un aspecto de día de fiesta, que no había más que pedir.

Luego, su dentadura era tan menuda y tan blanca, que á cada instante enseñaba los dientes, pero sin morder; porque, eso sí, su espíritu era como su cara; una pandereta, un cascabel, unas sonajas; lo que ustedes quieran, con tal de que sea símbolo de alegría expresiva, de ingenuidad retozona.

—Es una bendición de Dios esta muchacha, decía la buena de su mamá, doña Eduvigis; sale en todo á su padre, que es la alegría andando (aunque me esté mal el decirlo). De niño era travieso y retozón, y después ha seguido siéndolo (en buena hora lo diga); porque lo que es él, tiene para dar y vender, como dijo el otro, y siempre está de broma, y dispuesto á quitar las penas al caballo de bronce de la Plaza Mayor, si las tuviera; es un decir.

Con efecto: D. Timoteo era uno de esos hombres que se encuentran, con más frecuencia que en las demás clases, en la de los empleados del Gobierno, á la que pertenecía en el ramo ó manajo de Indirectas. En llevándose á casa la paguita, dos ó tres cuadernillos de papel de barbas y una pieza de balduque, estaba satisfecha su ambición. Trabajaba una horita, empleaba otra en almorzar, charlaba con sus compañeros las restantes contando cuentos y chascarrillos, que hacían desternillarse de risa lo mismo á los escribientes perpetuos que á los jefes improvisados; hacía burla de su sombra, y no le faltaban cuchufletas hasta para el portero mayor, quien, á cambio, le regalaba de vez en cuando algún azucarillo de los que no correspondían á su clase, y alguno que otro sello para la correspondencia particular.

Avanzaba paso á paso en su carrera, pero no se quejaba de su suerte. Hasta los cuarenta y dos había vivido soltero, y como era económico, y los amigos le convidaban á comer á menudo para que les hiciera pasar el rato, y le regalaban cigarros, llegó á economizar. Su mujer le llevó una rentita saneada de ocho mil reales, y con esto, y lo otro, y lo de más allá, vivieron en la gloria. La hermosa Inocentita acabó de alegrar aquella casa feliz é independiente, y como con su cuerpecito crecían sus gracias y sus donaires, todo era jolgorio y risotadas en el hogar del bueno de don Timoteo.

La niña era una pizpereta, á la que estaban permitidas todas las travesuras que imaginaba; y era cosa de ver cómo reían sus padres cuando el amigo que los había visitado no encontraba al marcharse su sombrero.

—Pues yo aquí lo dejé.

—¡Já, já, já!

—¿De qué se ríen ustedes?

—¡Já, já, já!

—¿Green ustedes que he venido sin él?

—No, por cierto... ¡já, já, já! pero la niña... ¡já, já, já!

—¿Alguna travesura?

—¡Es tan listal ¡tan monal! ¡já, já, já! ¿Qué apuesta usted á que lo ha escondido debajo de una cama?

Y, en efecto, allí estaba el sombrero del amigo: lo que hacía á los padres de la niña soltar la carejada, mientras el caballero se reía también, pero con la risa del animalito que había dado la piel á su sombrero.

Poner alfileres en las sillas, cuerdas en el recibimiento para que se cayeran el agnador y el carbonero, apagar la luz al arreglar el quinqué en lo mejor de la tertulia de su casa, y otras hazañas por el estilo, eran gracias que todos celebraban y reían.

—¡Es un encanto esta muchacha!

—¡Un ángel del cielo!

—¡La alegría de la casa!

Y convinieron todos en llamarla *Carita de Pascua*, porque, en efecto, era una Pascua, tanto en el exterior como en el interior, y los que andaban á su lado, una verdadera *Cuaresma*.

La fama de la niña pasó á la oficina de su papá, y de allí á los cafés en donde se reunían los empleados á murmurar unos de otros, y todos juntos del Gobierno.

Inocentita, como decían sus papás, haría feliz al hombre que la eligiese. Amén de su alegría, podría llevarle las dos mil pesetas de la renta, que heredaría de su madre; y esto aviaba á un tiempo el cuerpo y el alma de cualquier funcionario subalterno de la administración. Así es que algunos aconsejaron á don Timoteo que diera reuniones, y las dió de las de piano de alquiler y azucarillos con agua de Lozoya.

Carita de Pascua era la reina del salón; no era bella, no por cierto; sus facciones, aisladas, hubieran podido servir para formar una colección de caras feas; pero como tenía el diablillo en el cuerpo, y buen color, y mucho movimiento en las facciones, y mucho aire y mucha soltura, y un porvenir de dos mil pesetas anuales, embelesaba á los escribientes con cinco, encantaba á los auxiliares con ocho, hacía pensar ¡cosa rara! á los auxiliares con diez, y parecía aceptable á los oficiales con doce.

Pero tanto los felices papás como la niña, tenían

mayores aspiraciones, á medida que los caballeros de la nómina aumentaban el corro de sus admiradores.

Un escribiente se atrevió, y recibió las más solemnes calabazas.

—¡Claro! se dijo un auxiliar al saberlo: no se ha hecho la miel para la boca de los escribientes. ¡Esa niña lo que necesita es un auxiliar que haga ya extractos!

Pero sufrió la misma suerte.

—¡Habrás visto la ambiciosa! se dijo muy mohino; aspirará, sin duda, á un jefe de negociado.

Pero uno de esta empingorotada clase, que á pesar de ser joven se encontraba achacoso, calculó que la niña le aceptaría, y copiando unos versos amorosos, se los encajó á *Carita de Pascua*, pidiéndole al final su blanca mano.

Antes de ser objeto de tantos homenajes, le habría aceptado la orgullosa; pero, entonces... yo creo que ni el subsecretario habría alcanzado el triunfo. ¡Por supuesto! De tal manera estaba, que ni el portero mayor habría podido rendirla, y eso que los porteros mayores son la figura más importante de todo el ministerio. Lo mismo Inocentita que sus papás juzgaron que una proporción como la niña, ya que no podía ser *bocatto di cardinali*, debía aspirar, lo menos, á ser *bocatto di millonari*.

Y para realizar este deseo, salieron de la esfera burocrática; la hija y la madre se vistieron mejor; don Timoteo se compró frac y guantes blancos, al segundo mes tuvo que pedir préstamo al habilitado, al tercero hipotecó las finquitas de su mujer, al décimo empeñó la paga con juicio de retención, y al decimotercero le dejaron cesante, sin que en los trece meses se hubiera colocado la niña, y no por falta de pretendientes, sino porque aspiraba siempre á más.

La alegría desapareció de aquel hogar tan arreglado. D. Timoteo renegó de doña Eduvigis, y doña Eduvigis de D. Timoteo; la niña echaba la culpa de todo á sus papás, los papás al Gobierno, y al lado de esta guerra interior aparecían multitud de acreedores que pedían lo suyo...

Entretanto, los amigos seguían pidiendo cuentos y chascarrillos á D. Timoteo, y travesuras é ingenuidades á Inocentita.

Aunque por dentro andaba la procesión, su cara seguía siendo *Cara de Pascua*, y así continuaban llamándole sus admiradores... ya platónicos.

Murió D. Timoteo, y al fin y al cabo tuvo que apechugar la niña con el escribiente que aspiró en primer término á su mano, el cual, amigo de francachelas y jolgorios, solía entregarle la mitad de la paga, y con la otra mitad se divertía. A Inocentita se la llevaba el diablo.

—¡Usted siempre de tan buen humor! le decían los amigos.

—Sí, señores.

—¡Es claro... con esa carita de Pascual!

Cuanto más se desesperaba la infeliz, mayor era el aspecto de alegría que presentaban sus facciones.

Después de renunciar por fuerza á sus ensueños ambiciosos, y de pasar nuevos apuros y miserias con su marido, heredó éste cuatro mil duros de un tío muy avaro, y presentando su dimisión, se metió á prestamista.

Inocentita estaba al frente del establecimiento, y su vanidad hubiera preferido mil veces la miseria á aquella humillación.

Pero todos, hasta los que iban á empeñar el reloj ó la capa, le decían al marcharse:

—¡Lo que es aquí da gusto venir!... Siquiera al verla á usted, se alegra el alma; porque siempre tiene usted para todos una *Cara de Pascua*.

Su marido se dió á jugar, en poco tiempo se arruinó por completo, y por añadidura se escapó con una corista italiana de las que vienen á Madrid en primavera.

—¡Ah! ¡Soy la mujer más desgraciada del mundo! dijo por fin Inocentita, venciendo su soberbia.

—¡Usted! le contestaron... ¡con esa *Cara de Pascua*! ¡Imposible!

PEDRO JIMÉNEZ

ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

No registró la Primavera en los primeros momentos ninguno de esos sangrientos dramas que suelen anunciar todos los años la aparición de la estación florida; pero no podía terminar el período de su vida, bien desastroso por cierto, en Abril y Mayo sin dejarnos en Junio algún recuerdo doloroso.

Una triste historia íntima ha tenido un funesto desenlace. Los periódicos han referido el suceso, y no constituye en mis *ECOS* una novedad, pero sí una enseñanza, y por eso me parece oportuno consignarlo.

Falleció hace algún tiempo un antiguo administrador de las salinas de Torreveja, y dejó una regular fortuna á su viuda y á sus hijos.

Trasladóse á Madrid la familia que había perdido á su jefe, y aquí conoció la señora, ya en la edad de la reflexión, á un joven que desempeñaba las modestas funciones de camarero de un café.

Del conocimiento pasaron á la amistad, de ésta á unas relaciones más íntimas, y por último resolvió la

viuda dejar de serlo, dando su mano al joven, y convirtiéndose en padre de sus hijos y en administrador de su fortuna á dicho joven, quien con este motivo dejó el servicio y se convirtió en amo de casa.

Vulgar, prosaico, antiguo y todo lo que ustedes quieran, será el refrán que dice: «Antes de que te cases, mira lo que haces.»

Por no hacer caso de él, ha perecido de un modo trágico la infeliz señora del administrador de las salinas de Torre Vieja.

Su marido, improvisado caballero, se entregó á la ociosidad, á la holganza. Su mujer era rica; luego él tenía derecho á divertirse, á gastar.

Otro refrán también exacto, el que afirma que en el pecado está la penitencia, demostró á la pobre señora su error; pero ya era tarde.

¿Qué vida habrá pasado luchando con un hombre que, según cuentan, no quería más que vivir en grande, á costa de la tranquilidad y la fortuna de una desgraciada, que, arrepentida sin duda alguna de su ligereza, de su locura, encontraba un infierno donde había soñado un paraíso!

¿Qué espectáculo para los hijos!

Por fin, la horrible situación tuvo un horrible desenlace, como no podía menos de suceder.

La equivocada señora resolvió poner término á sus angustias con la separación judicial.

Desesperado el marido, disparó un revólver sobre la infeliz, y la dejó muerta. Después acercó el arma á sus sienes y disparó de nuevo, quedando gravemente herido.

Las pobres criaturas presenciaron la escena.

¿Qué recuerdo tan amargo les quedará del espantoso drama!

Un momento de olvido, la más insignificante ligereza, nos condenan irremisiblemente á martirios que acibarán la vida ó acaban violentamente con ella.

En estos casos, ¡qué desgracia tan grande es la fortuna!

¿Cómo no han de sufrir los nervios?

Las emociones que el telégrafo comunica á los periódicos y éstos nos sirven todos los días, son capaces de agitar hasta á las estatuas de mármol.

Tenemos los ojos fijos en Barcelona. Allí ha habido festejos de esos que acusan en los pueblos verdadera virilidad. Allí se han dado cita el trabajo y la inteligencia de las más importantes naciones de Europa; allí han acudido las notabilidades de todos los países, y el talento, la inspiración, el patriotismo, el amor, la consideración, y otra multitud de prendas, de virtudes, de cualidades, han puesto en juego sus recursos para convertir á la ciudad condal en un foco brillante á donde convergen todas las miradas.

Pues bien: entretanto en Madrid surgen conflictos, llegan noticias que acusan temores; en el concierto de aplausos aparecen disonancias. Todo lo cual nos tiene con el alma en un hilo... eléctrico.

Con razón, aunque no con arreglo á las prácticas usuales, un papá ha dado á su hija, nacida recientemente, los hermosos nombres de *Paz* y *Justicia*.

Esto es lo que necesitamos en todas esteras, y sin duda el original padre de familia á quien aludo ha querido tenerlas de cosecha propia.

Pero de estas genialidades suelen resultar contrastes cómicos y dramáticos en el porvenir.

Porque figúrense ustedes que la otra tarde riñeron dos mujeres con sus maridos. Una se llamaba Piedad, y la otra Consuelo.

El resultado de la refriega fué que los dos esposos quedaron malparados.

Piedad rasgó con sus afiladas uñas el rostro de su compañero, y Consuelo abrió al suyo la cabeza con una botella de vino que le arrojó furiosa.

—¡He aquí lo que debo al Consuelo!

—¡He aquí lo que debo á la Piedad! pueden decir los maltratados cónyuges.

También sé yo de una señora, llamada *Luz*, que dejó á oscuras á su marido, abandonando el hogar por seguir á un sujeto que se llamaba Casto Bueno.

El Concurso de las Rosas ha constituido una función encantadora en la Exposición de Plantas y Flores.

Todas las semanas debía haber un concurso, y resultarían dos; ¡porque acuden tantas mujeres bonitas!...

Ya se puede decir que el verano ha tomado posesión de su imperio. El calor nos liquida.

El Parque de Madrid está delicioso por las mañanas. En breve abrirán sus puertas los Jardines del Buen Retiro, y ya se sabe dónde pasarán las veladas las señoras y los caballeros hasta que llegue el momento de la dispersión.

Para terminar, una escena que amenizó noches pasadas los postres de un banquete con que obsequió á sus amigos una opulenta marquesa.

Entre los convidados se hallaban un general de artillería y un poeta cómico de los de más gracejo.

El poeta permanecía callado, y al servirse el Champagne exclamó el general:

—¿No les parece á ustedes extraño que, teniendo á nuestro lado á uno de los poetas cómicos más graciosos, no nos haya obsequiado hasta ahora con ningún chiste?

Perdone usted, exclamó el poeta; esperaba á ver si usted me daba ejemplo disparando un cañonazo.

JUAN DE MADRID.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Una suscritora de Cartagena.—A la edad que usted indica, puede la niña usar calcetines lo mismo para diario que para vestir. Los mitones de seda negra no han caído en desuso. Los guantes de hilo sólo se usan para mañana. Para vestir, aun en verano, guantes de piel de Suecia color masilla. Para niño de cuatro años le sirve á usted el modelo núm. 5 que ha aparecido en el núm. 22, y que es lo mismo para niña que para niño de la citada edad. Examine usted bien todos los números publicados, y verá que no nos olvidamos de los niños. Para casa hemos ofrecido varias formas de *matinées* muy elegantes y modelos de trajes. Tendremos presentes sus indicaciones, pues nuestro deseo es complacer á las lectoras. Vea usted el núm. 9, y hallará un precioso modelo de bata.

J. L.—Hace bien su bella sobrina en pedir á usted que me escriba. Que use la pomada siguiente: vaselina blanca, 20 gramos; subnitrito de bismuto, 6) gramos. Se batan en un mortero y se le pone, para darle aroma, algunas gotas de esencia. Una unturita antes de acostarse. Me parece que esto le dará excelentes resultados.

A. de M.—Se le envía el *crepé Mikalo* desde luego, y usted remitirá su importe, que es 2 pesetas.

M. P. de G.—Tiene usted mucha razón, y procuraremos satisfacer su deseo lo más pronto posible.

C. P. y L.—Veo con gusto que es usted muy ilustrada, y utilizaremos su precioso logogrifo.

Dolores, de Valladolid.—En París no suelen tratarse los vecinos, y por lo mismo ni se visitan ni se envían tarjetas. Si entran en relaciones amistosas es á fuerza de tiempo, lo que no obsta para que se presten mutuamente todo género de servicios. En Madrid faltan á los deberes de la buena educación los que, al habitar una casa, no pasan tarjeta ofreciendo su casa á todos los vecinos. Por lo general, á este acto de cortesía se contesta con la visita personal, que se paga. No es obligación, en todo caso, más que devolver tarjetas, contestando de este modo á las remitidas por el vecino nuevo. En esto, más que la moda general, hay que seguir las costumbres establecidas por el tiempo y otra porción de causas, en cada localidad.

F. S., Tudela.—Las fundas de piano se hacen como usted indica en el dibujo; por consiguiente, me parece muy bien la que usted desea hacer. Respecto del importe de las letras, cuando vea la luz este número ya es muy posible que estén en su poder.

Artemisa.—En Francia, y sobre todo en París, se ha formado una verdadera cruzada contra los pendientes, y ya ni los más diminutos se ponen las enemigas de éste para mí lindo adorno. Respetando todas las opiniones, creo que no debemos renunciar á los pendientes... sobre todo cuando las orejas sean bonitas.

Angélica.—He averiguado, para complacer á usted, lo

que las lilas significan ó representan en el lenguaje figurado, y es la *primera emoción de amor*.

Baronesa de L.—Los puestos de honor en una mesa son: primero el de la derecha del ama de la casa, y segundo el de su izquierda. Siguen en importancia los de la derecha é izquierda del anfitrión. Después se consideran como preferentes los que están al lado opuesto de la puerta por donde entran y salen los que sirven. Uno de los cuidados principales que deben tener los que convidan á comer, es colocar á sus convidados de modo que todos estén á gusto y al lado de personas que les sean simpáticas. Una señora de su casa sabe de sobra cómo complacer á sus amigos.

Una morenita.—Plastrón de tul bordado, crema ó negro.

En el próximo número dedicaré unos cuantos párrafos á las señoras suscriptoras para explicarles los propósitos que, á fin de corresponder al favor que alcanza, aspira á realizar LA ÚLTIMA MODA.

LA SECRETARIA.

RECETAS DE LA MUJER CASERA

PARA QUITAR LAS MANCHAS DE GRASA DE LA SEDA.—Hay un procedimiento muy sencillo. La parte manchada de tela se coloca sobre un paño doblado en cuatro, haciendo cama; se echan sobre la mancha polvos de talco, se pone después encima una hoja de papel de seda, y se pasa una plancha que no debe estar muy caliente. El talco absorbe la grasa, y la mancha desaparece. El remedio, como se ve, es fácil y eficaz.

PASATIEMPO

FUGA DE VOCALES

L.s.n.v.s.b.l.s.t.mos.d.l.r.

.n.d.r.r.d..p.l.p.t.n.y.s.n.f.f.m.n;

.l.c.e.l.s.d.sh.c.n.r.y.s.d.r.,

.l.t.e.r.r.s..s.t.r.m.c.l.b.r.z.d.;

.g.f.t.n.d..n.l.s.d.r.m.n..

R.m.r.d.b.s.s.y.b.t.r.d.l.s.;

m.s.p.r.p.d.s.c.r.r.n...¿Q..s.c.de?

—¡s.e.l.m.r.q..p.s.!

(Del poeta más justamente estimado de las señoras.)

(La solución en el núm. 25.)

SOLUCIÓN AL LOGOGRIFO DEL NÚM. 21
ROSA.

1.^a Ros.—2.^a Aro.—3.^a Raso.—4.^a As.—5.^a Roa.—6.^a Sol.—7.^a Arl.—8.^a Osa.—9.^a Aso.—10.^a Sor.—11.^a Aro.

Han presentado la solución las señoras doña Flora de Suarez, de Madrid; doña Paz Alvarez de Borrego, de Salamanca, y las señoritas doña Celia Puig y López, de la Corniña; doña Amalia de Mendoza, de Chipping; doña J. García Nicola, de la Unión; doña Soledad Porset, de Bilbao; doña Juana Trujillo Gutiérrez, de Madrid; doña Emilia Alonso Batlle, de Marbella, y Tulita la Lánguida.

Dos señoritas han creído que era *Girasol*, y no les ha faltado razón, puesto que con el nombre de esa flor pueden componerse todas las palabras enunciadas. Otra ha juzgado que era *Narciso*, y también ha acertado las palabras.

Las flores y los versos es lo que más ha animado hasta ahora esta sección. Bien se conoce que es femenino el escogido público que nos favorece!

La Última Moda.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

	Directa.	Por comisionado.
Tres meses	3 pesetas.	3,50 pesetas.
En la Peninsula... Seis meses	6 "	7 "
Un año	12 "	14 "
En Portugal... Seis meses	1.200 reis.	1.500 reis.
Un año	2.400 "	3.000 "
Cuba y Puerto Rico Seis meses	"	3 pesos.
Un año	"	6 "
Filipinas... Seis meses	"	4 "
Un año	"	6 "

En los Estados hispano-americanos fijan el precio los correspondientes.

Repartido el periódico á domicilio por los Centros de suscripciones: cada número, 25 céntimos.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

ALBUMS DE DIBUJOS Y ABECEDARIOS para bordados, por D. Manuel Salvi.—Albums de cuatro ó cinco abecedarios para pañuelos, á 0,75 y á 1,50 pesetas, y á un abecedario, á 35 céntimos.—Albums de abecedario para marcar sábanas, á 2 y 3 pesetas; con el mismo dibujo para almohada, á 1,50 uno.—Albums de letras para mantel y servilletas, á 1,50 y una peseta.—Albums de letras enlazadas. Cada uno contiene 48 enlaces, y en cada cuaderno hay combinaciones con una letra del alfabeto. Precio del cuaderno: una peseta. Pídanse á la Administración de LA ÚLTIMA MODA. Si el envío ha de certificarse, remítanse 50 céntimos de peseta para el certificado.

EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta. Pídanse á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

LA COCINA MODERNA PERFECCIONADA: Tratado completo de cocina, pastelería y botillería.—Contiene gran número de recetas de ejecución fácil y segura; descripción detallada de todos los útiles de cocina y del servicio completo de la mesa; arte de trinchar, y todo cuanto se refiere á la grande y á la pequeña cocina española, extranjera y americana.—Economía doméstica.—Floricultura de ventanas y balcones.—Obra ilustrada con numerosos grabados intercalados en el texto. Forma un abultado volumen de más de 500 páginas.—La Administración de LA ÚLTIMA MODA le remite certificado á provincias, al precio de 3,75 pesetas.

ESTABLECIMIENTO LITOGRAFICO DE don José María Mateu.—Barquillo, 4 y 6.—Madrid.—Especialidad en cromos de gran lujo.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE Polvo de Arroz especial PREPARADO AL BISMUTO Por CH. FAY, Perfumista 9, rue de la Paix, 9, PARIS